

de improviso sus sueños arrebatados por uno de esos golpes de que jamás se levanta el hombre; a veces uno está pronto a tocar esa felicidad i se os escapa; a veces viene a ofrecerse i se la deja escapar; a menudo se la falla por algunos años, por algunos días, por pocas horas.

La vida entera depende de acontecimientos fortuitos sobre los cuales no tenemos ningun poder. ¿Debemos sublevarnos contra ellos o soportarles con resignacion? Cuestion de temperamento que cada cual resuelve con sus nervios i su corazon, mas bien que con su conciencia, su espíritu i su voluntad.

FILOSOFÍA MORAL, la Urbanidad.—Artículo del miembro de nuestra Facultad de Humanidades don Juan G. Courcelle Senvil.

La urbanidad es una continuacion, i, hasta cierto punto, un apéndice de la Moral; i se ha observado con mucha justicia que el hombre de una moralidad perfecta seria urbano naturalmente sin enseñanza alguna especial. Entre la moral i la urbanidad hai esta diferencia: que la primera reglamenta los pensamientos i las acciones importantes, mientras que la segunda solo se ocupa de las formas.

Toda urbanidad general consiste en definitiva en dar constantemente al prójimo testimonios de benevolencia, en sacrificar, hasta cierto punto, nuestras comodidades en obsequio de las de otro individuo. Es lo que haria, naturalmente i de buena fe, un hombre animado i de una caridad perfecta. Evitaria igualmente las palabras, los tonos, las maneras desagradables i se esforzaria en agradar, en inspirar a los demas la benevolencia de que se sintiese animado. Es útil ademas que, aunque no se sienta esta perfecta caridad, las relaciones cotidianas que los hombres tienen entre sí conserven una imájen, una semejanza aunque débil, un recuerdo para traerles a la memoria sin cesar lo que deberian ser los unos para con los otros.

Ademas de la urbanidad general, que es una apariencia de poner en práctica la moral, hai una urbanidad especial, fundada en el orden social establecido, que asigna a cada uno un lugar, un rango, que da o rehusa las distinciones sociales. Esta segunda parte de la urbanidad, que era considerable en las antiguas sociedades clasificadas, tiende a desaparecer de las sociedades modernas

bajo la influencia de una corriente democrática mas violenta que esclarecida. Los jóvenes aborrecen esta urbanidad porque les impone un estudio i una sujecion; los advenedizos le tienen horror porque les es desconocida, porque es difícil observarla bien cuando se han puesto tarde a hacer su estudio, i porque establece entre ellos i los que son nacidos de antiguas familias una distincion imborrable.

Sin embargo, esta parte de la urbanidad es muy útil: aprendiéndola desde la niñez, los hombres se habitúan desde temprano al orden social en que han de vivir, i lo respetan por costumbre antes de respetarlo por razon.

El conocimiento de esta parte de la urbanidad i la costumbre de practicarla se ha conservado hasta nuestros dias en las antiguas familias i es lo que las distingue de las nuevas. Es una especie de signo masónico con el cual se reconocen entre sí las personas bien educadas. Es el sello que la madre les ha impreso desde la niñez i que nada hai que pudiera reemplazarlo ni suplirlo.

Estas familias poseen tambien mas completamente i practican mucho mejor que las nuevas la urbanidad jeneral. Entre el hombre bien educado i el hombre que ha comenzado tarde el estudio de la urbanidad, hai siempre esta diferencia: que el último casi nunca la aprende a fondo, la practica con dificultad i tiesura en público i la olvida en los detalles intimos de la vida; mientras que el hombre bien educado la practica con facilidad constantemente en todo momento, en todo lugar i delante de todas las personas sin exagerarla jamás. El advenedizo cree que practicando la urbanidad hace una concesion a las debilidades i a las preocupaciones del mundo; el hombre bien educado conoce el valor de la urbanidad; no ignora que despreciar el saber vivir para entregarse a las tendencias del instinto, es esponerse casi seguramente a vivir mal i desgraciado.

La urbanidad se aprende i se practica por costumbre; pero todas sus prácticas están fundadas en ideas i razonamientos que pueden examinarse i formularse de nuevo al uso de las sociedades modernas. Algun dia será la materia de trabajos vastos, picantes, tan interesantes como útiles, que exigen un espíritu justo i reflexivo, el conocimiento del mundo, una gran madurez de juicio, en una palabra, el saber vivir. Pero este trabajo no podrá emprenderse con buen resultado sino mas tarde, cuando la evolucion que hacen actualmente las sociedades modernas esté mas avanzada.

Cuando estas sociedades se hayan constituido definitivamente

en su nueva base, tendrán, sin duda, su etiqueta propia, fundada en las eternas distinciones de la edad, del mérito i del rango: ellas saldrán de la confusion en que han caído por haber destruido las antiguas formas sociales, que eran completas ántes de haberlas reemplazado. Comprenderán que las distinciones consagradas por la etiqueta son un estímulo enérgico del cual se puede sacar gran partido para aumentar la accion i la vida, porque estas distinciones satisfacen un deseo fundamental que jamás perece en el alma del hombre.

La urbanidad del porvenir se distinguirá de la del pasado en esto sobre todo: en que están fundadas sus distinciones en una jerarquía inmóvil, mientras que el porvenir la fundará en los resultados del concurso, al cual todos están llamados.

La urbanidad es la lei, la regla única de las conversaciones entre personas de todo rango, de toda edad, de todo sexo i de toda educacion, en las horas de reposo, cuando se comunican unas con otras para gozar en comun del placer de la sociedad. Cada uno, segun su situacion i su gusto, se forma un círculo de relaciones, a fin de aprovecharse lo mas posible de la comunicacion de sus semejantes, i el tono, así como la materia, de las conversaciones, son tan variadas como son numerosos los círculos de la sociedad. Pero por muy variadas que sean las conversaciones, son susceptibles de regla jeneral, puesto que tienen por fin comun el agradar i el servir.

Toda conversacion de este jénero no pueden interesar ni durar sino a condicion de rodar sobre una materia que sea de interés comun para aquellos que conversan. Las primeras materias de interés comun entre personas que no se conocen, son, como se dice, la lluvia, i el buen tiempo, el estado presente del clima i de la salud en jeneral; en seguida vienen las noticias del dia, que son públicas; despues todo lo que toca a los intereses comunes i a la educacion jeneral de los hombres, política, filosofía, relijion, artes i literatura; en fin, entre personas que se conocen mucho i que tienen relaciones íntimas, se hablan de intereses privados. Tal es el órden lógico que siguen las materias de conversacion, segun que los que toman parte se conocen ó se han tratado mas. En personas de la misma profesion, la conversacion puede, naturalmente, llegar a ser profesional.

La regla jeneral es tratar de agradar al prójimo en la conversacion, i si se puede, serle útil. Para agradarlo, se busca o se deja venir la materia de conversacion mas a su gusto; no se trata de

imponerla violentamente una opinion o una instruccion que pudiera herirle, sin tener para con él ninguna baja complacencia; es suficiente expresar su pensamiento con medida i moderacion, sin insistir si se halla resistencia, teniendo siempre presente que el objeto principal de la conversacion es el recrear. Hacer hablar a su interlocutor de lo que se sabe bien i hacerlo brillar, por consiguiente, es casi siempre un medio seguro de agradar i de sacar algun fruto de la conversacion.

No conviene exponer uno mismo con fuerza sus opiniones i aquello que se sabe sino hasta el punto en que haya algun interes en los interlocutores por la opiniones o los hechos que se exponen. Cuando se nota que su atencion languidece, debe uno detenerse.

No conviene, ademas, i esto se comprenderá fácilmente, hablar de todo con todas las personas.

No se debe hablar de la profesion propia sino a jentes del mismo oficio o a aquellos que se interesen, i de los intereses propios solo a aquellos que toman parte en ellos, los cuales son siempre en corto número.

Los individuos insoportables en una conversacion jeneral son aquellos que hablan siempre de sí mismos, siempre de las mismas cosas o de cosas que solo interesan a un corto número de los asistentes; o que hablan demasiado tiempo sobre lo mismo, o que pretenden imponer sus opiniones.

La maledicencia es un tema demasiado frecuente de conversacion e interesa a la mayor parte de los asistentes, porque halaga la vanidad humana que gusta triunfar de las debilidades del prójimo. No obstante, es un signo infalible de falta de saber vivir, de esterilidad de espíritu i pobreza de corazon; tiende a envenenar el placer que cada uno de nosotros puede experimentar en la sociedad de sus semejantes.

Las personas que no tienen el saber vivir, ni el uso del mundo, caen en la maledicencia por una inclinacion natural. Encuentran un motivo fácil de conversacion que interesa la curiosidad i permite hacer brillar su talento a poco costo. ¿Qué cosa hai mas fácil que improvisar epigramas contra el prójimo? Los maldicientes no se cuidan de que si cada uno los imitara, la sociedad llegaría a ser imposible, porque las falsas demostraciones de amistad i consideracion por medio de las cuales piensan deslumbrar a sus víctimas, jamás son suficientes para ocultar para siempre lo que se ha dicho: que la calumnia es casi inseparable de la maledicencia; que un círculo compuesto de personas en que todos piensan mal unos de otros

i que saben que los otros piensan mal de ellos, no puede dejar de ser insoportable. Vale mas mil veces quedar solo que frecuentar tal sociedad para no asistir a las explicaciones, a las rupturas, a los desbordes de que cada día es el teatro, i llevan de allí a su casa el ódio i el desprecio de sus semejantes. Con perfecto derecho, pues, se ha proscrito la maledicencia de todas las sociedades un poco distinguidas como provincial i de mal gusto, digna solamente de jentes que hablan sin reflexionar el alcance de sus palabras.

La maledicencia atestigua la esterilidad de espíritu de los que se entregan a ella: prueba, en realidad, que no tienen en su imaginacion i en su memoria bastantes recursos para hacer nacer una conversacion agradable i de interes jeneral; para tener la chispa, como se dice, sin que la malicia de sus autores haga el gasto.

Una persona instruida i de una imaginacion un poco viva, encuentra siempre, sostenida en algo por sus interlocutores, con que entretener a una sociedad, i algunas veces aun, dando i adquiriendo alguna cosa.

La maledicencia atestigua la pobreza de corazon, porque atraea los ausentes i se exhibe en la esperanza de que siempre estarán ausentes, es decir, de que nadie les repetirá lo que se ha dicho de ellos trae consigo el uso de las falsas demostraciones de la mentira, que es el vicio bajo i vergonzoso por excelencia. Pensar hacer el mal con toda seguridad, a cubierto, i en definitiva, es solamente la primera escala de la traicion.

No debe confundirse con la maledicencia que se oculta i busca con avidéz los escándalos, la dignidad que no puede soportar la sociedad de aquellos que cometen ciertas faltas i que espresan altamente su opinion. Esta franqueza, demasiado rara, léjos de perjudicar a la sociedad, le da mas seguridad i le hace mas agradable, porque ella es tan induljente con los pequeños defectos como es severa para con las faltas graves.

Se conoce, ademas, que aquel que a riesgo de algunos disgustos personales no teme espresar todo su pensamiento, no es inclinado a la mentira, i que si se atreve a huir de ciertas sociedades, tiene estimacion por aquella que acepta.

Los narradores de historias, los decidores, los chuscos de profesion, son los payasos de la sociedad i la entretienen algunas veces; pero permanecen necesariamente aislados i como estraños, porque cada cual los huye i los teme. Si son inofensivos, se les acepta voluntariamente, pero sin consideracion, i es una triste señal para el círculo en que son necesarios.

La conversacion de los ociosos, de aquellos que se llaman modestamente «el mundo,» es difícil de soportar i tiene pocos atractivos, porque tiene por tema, mas o ménos obligado, las diversiones públicas, tales como los espectáculos, bailes, recepciones, revistas i las noticias de la vanidad o de la moda. Esta conversacion se limita a una charla tan superficial que la mas brillante imaginacion no puede llegar a hacerla interesante.

Los asuntos de interes jeneral, humano o social, son el tema natural de una conversacion en la cual todos pueden tomar parte con agrado i utilidad; pero estas conversaciones son agradables e instructivas solamente con interlocutores un poco habituados a pensar i a ver las cosas de la vida por el lado sério. Es notable que la mayor parte de las personas laboriosas, cualquiera que sea su condicion, están en este caso; siempre que no estén cegados por la vanidad i llenos de sí mismos. Porque si el *yo* es siempre odioso, lo es infinitamente mas en la conversacion que en cualquier otro caso. La conversacion exige relaciones de benevolencia i un gran respeto por la persona de aquellos a los cuales se habla; solo es agradable mentir a aquel que habla: piensa casi siempre en los otros i rara vez en él.

Los círculos de conversacion son variados al infinito i casi sin número. Cada hombre está llamado por los acontecimientos de la vida, a practicar en ellos muchos tonos i maneras diferentes con las mezclas diferentes de bueno o de malo. Puede pasar por todas impunemente si conserva siempre la actitud en las relaciones, la libertad, la decencia, la independencia en las maneras: si sabe no ser demasiado curioso en las cosas que no le conciernen, indulgente para con el prójimo, no dar consejos sin que seriamente se le pidan, no sostener sus opiniones hasta la contradiccion, no manifestar todo lo que sabe i confesar francamente lo que ignora, escuchar mucho i solo hablar para el agrado de aquellos que lo escuchan.

En cuanto a la eleccion de una sociedad conviene asistir siempre a la mejor, a aquella en la cual se puede aprender. Buscar sociedades inferiores para ocupar el primer rango, es ceder a la vanidad; buscarlas para libertarse de ciertas maneras, es ceder a la pereza. Con razon se juzga a un individuo por la sociedad que frecuenta i por aquella que busca.

REGLAS para el trato con todas las clases sociales.

I.

Nunca te presentes con ceño, porque la demasiada seriedad arguye regularmente un jenio sombrío i enfadoso; i afectar el no hablar palabra, es querer pasar por un jénio demasiado austero, o por un censor maligno. *Deme supercilio nubem, plerumque modestus occupat obscuri speciem, taciturnus acerbi.* (HOR. lib. I. Epíst. XVIII). Todó hombre debe acomodarse a los agrados honestos de la sociedad.

II.

«El medio mas seguro de agradar a los demas, es no complacerse a sí mismo:» solo por este capítulo hace un antiguo un grande elogio de *Turnebo*; i en efecto, no puede agradar a los demas un hombre que se muestra demasiado prevenido en su propio favor. *Hic placuit multis quod sibi non placuit.*

III.

Comienza diciéndote a tí mismo, lo que quieres decir a otros. «La reflexion debe preceder i acompañar a tus palabras. Es un arte admirable hablar siempre al caso;» pero para poseer este arte, es preciso haber aprendido a callar. Por eso queria *Pitágoras* que sus discipulos callasen por cinco años.

Quidquid diclaturus es antequam allis, dicito tibi. (SÉNECA, lib. de moribus).

Qui nescit tacere, nescit loqui. (SÉNEC. in eodem libro).

Apud Pythagoram discipulis quinque annis tacendum erat. (SÉNEC. epíst. LIII.)

IV.

«No es siempre prudencia decir todo lo que se piensa» Saber callar a tiempo, es una prenda preciosa en el trato del mundo; al contrario, hablar cuando se debe callar, es un peligroso defecto, que ocasiona muchos perjuicios al que habla i a los otros. Resida la sabiduría en vuestros discursos i conversaciones, i se evitará el pecar por la lengua: vicio demasiado comun en el mundo.

Eximia est virtus præstare silentia rebus; at contra gravis est culpa, tacenda loqui (OVID. De ars. etc).

V.

La buena fé es el fundamento de toda humana sociedad; la perfidia es su peste. La conversacion es la espresion de nuestro modo de pensar. No nos ha concedido Dios el don de la palabra para engañarnos unos a otros, sino para comunicarnos nuestras ideas: es, pues, preciso hablar como se piensa, i pensar como se habla. Yo amo la verdad, quiero i deseo que todos me la digan; aborrezco la mentira; nadie gusta ni quiere ser engañado.

Fides est fundamentum societatis humane; perfidia vero ejusdem pestes. (PLAUT. lib. V, de legibus).

Imago animi sermo est. (SÉNEC., lib. de moribus).

Quod sentimus loquamur, quod loquimur sentiamur. (SÉNEC, epíst. LX).

Ego verum amo, verum volo dici mihi, mendacium odi. (PLAUT. Most).

VI.

Mostrad en todos los tiempos tal amor i respeto a la verdad, que se atengan mas a vuestra palabra que a la afirmacion de otro. Una vez establecida i acreditada la rectitud, se concilia siempre la confianza. Por el contrario, un hombre cojido en mentira, nos previene para recelar de todo lo que habla. ¿Qué ganan los hombres en mentir? Ganan, dice Aristóteles, el no ser creidos, aunque digan la verdad. *Semper mendax, semper præsumitur mendax.*

Per omnem ætatem tantam veritatis præ te fertis reverentiam, ut plus habeatur fidei tuæ affirmationi, quam aliorum dejectioni. (ISÓCRATES orat ad Nicocim).

Aristóteles interrogatus, ¿qui lucrí facerent mendaces? Ut vera, inquit, loquentibus non credantur. (LAERTIUS, lib. V, cap. I).

VII.

No confies a otro el secreto que quieras se guarde fielmente, porque si tú no has podido callarle, ¿cómo te debes prometer que callen los otros? ¡Sábío consejo, pero poco observado!

Quod tacitum esse velis, nemine dixeris.

Si tibi non imperasti, quomodo ab aliis silentium speras. (SÉNEC. de moribus).

VIII.

El bufon es un hombre odioso en la sociedad; es una bestia te-

mible i peligrosa, dice Horacio; guardaos de su trato, porque en empezando a burlarse, a nadie perdona, ni aun a sus mayores amigos. Si se os permiten algunos buenos dichos, tened cuidado de que no toquen en crítica ni censura; si alguna vez os divertís, sea sin herir la hombría de bien; si reís, sea sin estrépito; si habláis, sea sin vocear. Siempre que la chanza pueda ofender, lo mas acertado es omitirla, porque ya entónces no es juego ni diversion. Jamás los dichos picantes fueron agradables, especialmente a los grandes; cuya dignidad parece los pone a cubierto de que se les replique, es una bajeza de ánimo insultar a quien no puede defenderse.

Fæmun habetò in cornu; longe fuge dummodò risum.

Escutiat sibi; non hic cuiquam parcat amico. (HORAT., lib. I. Sát. IV).

Sales tui sint sine dente, joci sine vilitate, risus sine cachinno vox sine clamore. (SÉNEC. *de honest vite*).

Tolle jocos, non est jocus esse malignum. Numquam sunt grati qui nocuere soles. (SÉNEC.).

- IX.

Quien dice lo que quiere, se espone, dice un antiguo, a oír lo que no quisiera: «tratad bien a todos, si quiereis que todos os correspondan con buen trato.»

Si mihi pergít quæ vult dicere, quæ non vult audiet. (*Terrent in Adria*).

X.

Si quieres ser amado, ama; si a ninguno elojias i censuras a todos, temé desagradar a todos, ya que ninguno te agrada.

Si vis amari, ama. (SÉNEC. *Epíst. IX*).

Laudas Gavire, nihil reprehendis cuncta, videto: Ne placeas nulli, dum tibi nemo placet. (*Joannis Audæni epigramma*).

XI.

Alaba poco, pero vitupera ménos: igualmente la alabanza i la censura exesiva, son vituperables; la una, es sospechosa de lisonja; la otra, de malignidad. Haz justicia, no a la amistad, sino a la verdad, que debe ser la regla de todos nuestros discursos.

Lauda parce, vitupera parcius: similiter enim reprehensibilis nimia laudatio, immoderata vituperatio; illa si quidem adulatione ista

malignitate suspecta est; testimonium veritati, non amicitiae redda
(SÉNEC).

XII.

El que murmura del amigo en su ausencia, o no le defiende cuando se murmura de él; el que procura hacer reír a costa i perjuicio de otro, haciéndose tener por decidor de agudezas; el que inventa calumnias, i no puede guardar el secreto que se le ha confiado, es hombre de un carácter verdaderamente perjudicial, de quien es preciso huir con todo cuidado: sabios consejos que jamás se deben olvidar en el trato del mundo. Tratemos honradamente a nuestros semejantes; defendamos sus intereses en toda ocasion; hagámonos cargo de que no hai hombre sin defectos, i de que el mas perfecto es el que tiene ménos.

*... Absentem qui rodit amicum;
qui non defendit, alio culpante, solutos;
qui captat risus hominum, famamque dicasis.
qui nequit; hic niger est, hunc tu, Romane, cavete.*

(HORAT., lib. I, Sat. IV.)

Nam vitis nemo sine nascitur, optimus ille est qui minimis urgetur..... (HORAT., libro I, Sat. III).

XIII.

Quando en la disputa se enardece alguna persona, la que cede se acredita de mas sabia; i si es honor vencer en ella, no lo es ménos el dejarse vencer cuando de ello resulta por fruto la paz, pues es la que hace el agrado i base de la sociedad. Por otra parte, los que en las conversaciones quieren prevalecer siempre, comunmente son los de ménos razon. El amor propio es la causa de que no aprovechemos sino los discursos de los que piensan como nosotros.

Dicentibus ducbus, irato altero, qui non repugnat dictus est sapientior. (ERUPID., apud Plutarch. Commentar de liber. educand.)

XIV.

Cede a todo hombre colérico; resistirle es hacerle mas furioso. Espera que pase la tempestad.

Bacchæ Bacchanti si velis adversarier, ex insana insaniorem facies: furit sepius. (PLUT.)

XV.

Huye la cólera, porque perturbando la razon, degrada al hombre de su nobleza. «Horacio llama á la cólera un furor pasajero; i Enio, un principio de locura; i, por tanto, aconsejaba Platon a sus discípulos que cuando se hallasen encolerizados se mirasen al espejo.» Consejo sabio e importante, porque un hombre arrebatado de cólera se parece en su semblante a un frenético, i lo es actualmente; por la misma razon sirve de útil leccion i bello documento de moderacion para cualquiera que se vea en este estado.

Ira brevis furor est..... (HORAC., lib. I, Epíst. II),

Ira, ut inquit Enius, est initium insanie. (CICERON IV. *Tusculam*).

Plato sapienter auditores admonebat ut iratos se in speculo contemplarentur.

XVI.

Trata a tus inferiores como deseas que te traten tus superiores; cuando piensas en la superioridad que ejerces con tus criados, acuérdate al mismo tiempo, que la misma ejercen sobre tí tus superiores. Es obligacion tratar con humanidad a los domésticos, pues son hombres como los amos; i aunque regularmente, se dice ellos son otros tantos enemigos, i se dice acaso la verdad, no lo son cuando los admitimos, sino que talvez hacemos que lo sean por nuestros malos tratamientos. Seamos mas humanos con ellos i les haremos nuestros fieles amigos.

Sic cum inferiores vivas quemadmodum tecum superiorem velles vivere. Quoties in mentem venerit, quantum tibi in servum liceat, veniat in mentem tantundem in te dominio tuo licere. (SÉNEC., Epíst. XLVII).

Non habemus illos hostes, sed facinus (SÉNEC. Epíst. XLVII).

XVII.

Es preciso usar de mucha discrecion en la eleccion de los sujetos con quienes se desea tratar familiarmente. Con facilidad imitamos las costumbres de los que tratamos, i con los viciosos nos hacemos viciosos. «Dime con quién andas, te diré quién eres;» antiguo adagio pero demasiado cierto.

Dum spectant oculi læsos, læduntur et (OVID, *de remed amor*).

XVIII.

«Desconfía siempre de los que prometen mucho.»

La experiencia nos enseña que el que desea cumplir su palabra promete con reserva; i el adajo comun nos dice: que muchos se empobrecen prometiendo i se enriquecen no dando.

Multa fidem promissa levant. (HORAT., lib. II. Epístola II).

XIX.

No hai cosa mas preciosa i agradable en la vida, que tener un amigo con quien se pueda hablar con tanta libertad como consigo mismo, i a quien en cualquiera necesidad se pueda recurrir con satisfaccion i decirle: «Vengo a buscarte, como que eres toda mi esperanza, mi remedio, mi consejo i mi salud.» Esta i otras ventajas proporciona un verdadero amigo. Dichoso el que llega a poseerle, porque en realidad halla en él un tesoro.

¿Quid dulcius quam habere quo cum omnia audeas sic loqui ut tecum? CIC., diálogo de amicitia, capítulo VI).

Ad te venio, spem, salutem, auxilium, consilium, repetens. (Terrent. in Adria, act. II, seen. I).

XX.

Verdadero amigo solamente se puede hallar en un hombre de bien; solo a la virtud pertenece formar la verdadera amistad; el vicio puede producir la apariencia de una amistad, pero nunca la realidad. Jamás cuentes con la amistad de los malos; solo te servirán mientras hagan su negocio. (a)

Hoc primum sentio, nisi in bonis amicitiam esse non posse. (Cic., diálogo de Amicitia, cap. V).

Virtus amicitiam gignit et continet; nec sine virtute amicitia esse ullo pacto potest. (Cic, *ibid.*, cap. VI).

XXI.

La primera lei i el fundamento de la verdadera amistad, es no

(a) *Donc eris felix multus numerabis amicos; tempora si fuerint nubila, solus eris.* (Ovidio).

Lo cual, traducido a nuestro idioma, quiere decir:

«Tendrás muchos amigos con la fortuna,
Pero quedarás solo si ella se muda.»

pedir ni conceder a los amigos cosa alguna que no sea permitida i honesta. La amistad, si es verdadera, nunca puede autorizar exesos.

Hoc igitur prima lex in amicitia sancitur ut neque rogemus res turpes, nec faciamus rogati. (CIC., diálogo de amicitia, cap. XII),

Nulla est excusatio peccati, si amici causa peccaveris. (CIC. *ibid.* cap. XI).

XXII.

No hai cosa mas ridícula que reir sin motivo; es indicio de alma pequeña i de hombre que no piensa. El que tiene talento es reservado, i solo se rie cuando viene al caso.

Risu inepto res ineptior nulla est. (CATULL).